

vidieron la Península en *Citerior* y *Ulterior*, bajo el mando de dos diferentes procónsules. El jefe de la *Citerior* tenía su gobierno en Cataluña, y el de la *Ulterior* en Andalucía. Octaviano, en el año 31 antes de Jesucristo, la dividió en Bética, Lusitana y Tarraconense. La Península continuó tranquila y muy identificada con Roma, de la cual recibió las costumbres y la lengua, y á la cual dió un primer cónsul, un general triunfador y cuatro emperadores, entre ellos Trajano y Adriano. Hacia el año 400 de Jesucristo, circunstancias que refiere la historia trajeron á la Península, así como á todo el mediodía de Europa, á los suevos, los hunos, los alanos, los vándalos y los godos. Estos y los romanos tuvieron en nuestra patria varias luchas entre sí; y la Galicia permaneció en poder de los suevos hasta el año 530, en que se apoderaron de ella los godos, que hacia tiempo dominaban todo el resto de la península ibérica, y que continuaron reinando en ella tranquilamente hasta 710 de Jesucristo, en que, hallándose ocupando el trono D. Rodrigo, invadieron los sarracenos la Península, y completaron su conquista en cuatro ó cinco años. Hasta aquí hemos visto formar un solo país á esa península que componen hoy día el Portugal y la España, ya que viviese independiente, ya que estuviese bajo el cetro de los cartagineses, de los romanos ó de los godos. También fué una y corrió la misma fortuna al caer en poder de los sarracenos. Empezaron, empero, los habitantes de los montes á sacudir el yugo musulmán; y al extender sus conquistas sobre los usurpadores de la propia patria, faltó la union necesaria y un jefe general; se fraccionaron los cristianos peninsulares, formando diferentes pueblos y nacionalidades; dos, tres ó mas de estos reinos se reunieron á veces, y luego volvieron á dividirse, segun las vicisitudes de los tiempos; se enemistaron en mas de una ocasion y se hicieron entre sí sangrienta guerra, llegando el caso de formarse alianzas entre cristianos y sarracenos para destruir á otros cristianos. Sin estas desavenencias de los españoles, ó sea iberos, sin la lamentable falta, que siempre existió entre ellos, de unidad de accion y de un jefe, los árabes hubieran ciertamente sido expulsados de la Península cuatrocientos ó quinientos años antes de lo que lo fueron. Tarde ó temprano, sin embargo, se consumó la expulsion; y como entre los varios diminutos reinos en que se habia dividido la Península mientras duró la lucha, no existia ninguna separacion natural, volvieron á su antiguo ser, reuniéndose en una fuerte y compacta nacion, habiendo solo quedado fuera de la gran familia, como hijo descarriado, el Portugal.

Véase al fin de la presente Memoria (apéndice núm. 1) el sucinto cuadro que trazamos de este fraccionamiento y recomposicion de la Península: reseña histórica de gran importancia para nuestro objeto, cuya lectura recomendamos muy especialmente. Y nótese que en ella

mencionamos solamente las grandes guerras; no aquellas que se cortaron en sus principios y para las que solo se hicieron costosos preparativos, ni tampoco las civiles de cada reino, las cuales tuvieron su origen, por lo general en las influencias ó intrigas promovidas por otros reinos vecinos: males todos procedentes del fraccionamiento.

En esa reseña se verá cómo habiendo quedado heredero legítimo de Portugal el rey de España Felipe II, se opuso el pueblo lusitano á recibirle por monarca, proclamando en su lugar á un hijo del país, á D. Antonio Prior de Ocrato. Envió D. Felipe fuerzas de mar y tierra, y sujetó al Portugal con las armas. De este adverso acontecimiento y de los continuos esfuerzos de la Francia, Inglaterra y Holanda para separar los dos países (porque así les convenia á ellas), provino el que el gobierno español tuviese que gobernar al Portugal como provincia conquistada; y que el odio de los portugueses hácia los españoles fuese en aumento, hasta que por fin consiguieron, en el reinado de Felipe IV, sacudir el forzado y tirante yugo bajo que habian gemido durante sesenta años.

Las intrigas y envidias de los extranjeros, las circunstancias malhadadas de los tiempos, y la confianza ilimitada que un rey sin capacidad (Felipe IV) depositara en un privado ambicioso y déspota, como era el conde-duque de Olivares, prepararon este desenlace, que pareció á los portugueses una gran dicha, y que sin duda por el pronto lo fué muy positiva. Nosotros, empero, los actuales habitantes de la península ibérica, debemos llamar á acontecimiento tan indispensable y útil en aquella época, *una fatalidad*. La España ha perdido moral y físicamente mucho, y á su capital se ha cerrado la comunicacion con el mar por el Tajo. El Portugal, cuyo odio al dominio castellano hubiera desaparecido con el tiempo, como ha sucedido en Navarra y Cataluña (que no se le profesaron menor), y estaria ahora amalgamado de muy buena voluntad con el resto de la Península, de la cual la naturaleza le ha destinado á formar parte; el Portugal, decimos, ha quedado, es verdad, constituido en reino independiente, pero reino raquítico, rodeado por grandes naciones. Y mientras conservó el Brasil pudo ir tal cual manteniéndose; después, empero, de perdida aquella colonia, su existencia ha sido siempre penosa y difícil. Debiendo con una pequeña poblacion mantener una familia real con todos sus adherentes, ministros, consejos y tribunales supremos, y un cuerpo diplomático y consular en el extranjero, ha hecho y hace todo esto mal y con trabajo, cargando al pueblo con pesadas contribuciones. Sin grandes fuerzas contra un golpe de mano de España, y por consiguiente siempre temeroso de ella, ha tenido que echarse en brazos de la Inglaterra y ponerse bajo su proteccion; y desde este momento era natural que la Gran Bretaña quisiese sacar algun partido de su ventajosa po-